

EL CAMINO DE REGRESO

Dniestrograd...

«*Dobry vecher*, señor Shani», resonó la voz en el auricular del teléfono móvil. «Le llamamos de Quiryat Moria, de Jerusalén... de la Agencia Judía... del Fórum del Voluntariado para la Educación Judía y la Inmigración... en la Unión Soviética... Perdón, quería decir... en la Comunidad de Estados Independientes...».

A pesar de que no había nadie cerca, por algún motivo Tal pulsó la tecla «Silenciar altavoz» y se pegó el plástico al oído. Lo hacía siempre que le hablaban en ruso. (Aunque fuera su madre preguntándole por qué no la había llamado en toda la semana, o si iría a cenar a su casa el viernes, porque papá había preparado una *bortsch* de carne con nata, como siempre en cantidad suficiente para alimentar a toda Leningrado durante la época del bloqueo alemán). Era

una especie de vergüenza de los orígenes. Como una rubia con un pasado de morena. O —en su caso— una morena con un pasado de rubia. Él... ¿ruso!? Ya hacía tiempo que era uno de los nuestros, estaba enraizado en el país. Los primeros años, durante los cuales esta misma Agencia le había calificado de «nuevo-inmigrante-de-la-Unión-de-Repúblicas-Chupópteras» (primera lección de hebreo moderno en los pasillos del instituto Herzliya), hacía tiempo que se habían volatilizado en la playa de los Mirones, en el cine porno Zamir, en Gaza, en Ramala, en la escuela de arte Betzalel y en la base militar de Tzeelim, y consumido en las aguas ácidas del charco publicitario de Tel Aviv, además de en otras muchas cosas...

Esperó pacientemente y en silencio a que terminara la retahíla de títulos del individuo y de la organización que él representaba. Seguro, era una equivocación. ¿Qué tenía que ver él con el voluntariado para la educación judía? Para eso están las mujeres de la WIZO. Educación y voluntariado: lo uno más lo otro por añadidura, y gratis. Lubricó rápidamente su oxidado ruso mientras escuchaba al Alex de turno que, en aquel momento, al otro lado de la línea, exclamaba: «Perdón, no me he presentado. Me llamo Alex Har-Zahav¹».

Así es, los Sasha de antes ahora son todos Alex. Pero ¿de dónde le vendrá lo de Har-Zahav? Seguramente se llamaba Zlatoborski o Zolotovski. A lo sumo Goldberg. Alex Har-Zahav. Ale... No podía soportar los nombres he-

¹ Har-Zahav significa, en hebreo, «Monte de Oro», lo que explica los juegos de palabras con los apellidos rusos y el alemán del párrafo siguiente (N. de la T.).

braizados a la fuerza que apestaban a coacción y a sudor, y dejaban el carácter ruso de su dueño con el culo al aire.

¿Cómo podía él, Tal Shani, ayudarles en el tema de la educación judía?

El susodicho Har-Zahav le pedía que participara en un «Festival de Cultura de Israel» —así es como lo llama la Agencia— que tendría lugar en Ucrania y donde debería dar —junto con otros personajes del mundo cultural y artístico que hablan NUESTRA LENGUA— una serie de conferencias sobre su primera novela publicada en hebreo, lo que les enorgullecía mucho. Sí, sí, la editorial se había puesto en contacto con ellos directamente y... hablando de educación judía, perdón por molestarle en vigilia de sábado... pero el vuelo es dentro de dos días y les queda mucho trabajo antes de cerrar el marco literario del evento.

—Lo lamento, *tovarisch* Zahavski —respondió Tal, dándole en la cabeza con el *tovarisch* como si fuera un martillo de cinco quilos—, pero por ahora no estoy en la onda del voluntariado. Acabo de pasar un mes en el ejército, en los puestos de control de Karnei, y no puedo desaparecer durante otras dos semanas... *Izvinite pozhaluista*.

—Dniestrograd... —le dijo el tal Alex, complacido por el mutismo que provocó en Tal al otro lado de la línea—. Este año el evento tendrá lugar en Dniestrograd.

—...

—Si no estamos equivocados es su ciudad natal —añadió—, y como usted mismo declaró en una entrevista para el suplemento literario del periódico, todavía no ha tenido la oportunidad de volver DESDE ENTONCES...

Lo sabían todo de él, estos cargantes jugaban a ser el Mossad de los parientes pobres. No tardarían en decirle la talla del sostén de su última conquista y el color de...

—El vuelo y el hotel corren a nuestro cargo—dijo Alex interrumpiendo sus pensamientos—. Usted —añadió utilizando el tono íntimo-cuchicheante de los sigilosos agentes secretos de las viejas películas soviéticas— sólo tendrá que estar dos horas al día frente a un público de adolescentes boquiabiertos y encenderles las hormonas con historias sobre la patria histórica inundada de sol que les espera, con sus fuertes brazos abiertos, al otro lado del mar Negro. Pero sin decirles ni una palabra sobre el mes que ha pasado en los puestos de control de Karnei, por favor. El Ejército de Defensa de Israel ya no actúa así con ellos. Enseguida le preguntarán sobre los incentivos de Intel y los 4x4 sin impuestos... Lo concerniente a los puestos de control lo aprenderán por sí solos si conseguimos hacerles galopar hasta aquí gracias a su propaganda.

Ahora, en el avión de camino hacia ALLÍ, intentaba desentenderse de la semana-de-voluntariado-judío que le esperaba e imaginar el encuentro. El encuentro con Tolik. (En realidad, sólo por este encuentro le había soltado aquel *Da* a Alex, que inmediatamente añadió que ellos no tenían «ni la más mínima duda de que el señor Shani respondería afirmativamente» a su modesta solicitud).

Hace años que se imagina este encuentro y ahora la sensación del «ya está» le desborda, se le coloca certeramente en la laringe como una flema después de una gripe,

obstruyéndole la tráquea y dificultándole la respiración. Hace más de veinte años que no le ha visto, a Tolik. Tolka, Tolinka. Seguro que ahora se llama Anatoli. Sería interesante saber cómo le habrían adornado el nombre si hubiera llegado aquí ENTONCES, al mismo tiempo que Tal, en aquellos días del crisol de las diásporas. ¿Llamándole Natán, como le había ocurrido a Sharanski que, de prisionero de Sión y héroe de Israel, se convirtió en un enano tartamudo con el casco militar pegado permanentemente a la coronilla? ¿Tal vez Natanael? Pero quizás el pequeño Tolka era tan obstinado como su amigo Boris, que llegó a finales de los *seventies* y que, rechazando los Baruj y los Barak que intentaban endosarle, desde hacía veinte años seguía siendo Boris. Dice que es un nombre que está por encima de la rusofobia aquí reinante. Pero ¿qué importancia tiene eso ahora? Para él, para Tal, él siempre seguiría siendo Tolik, el pequeño Tolka.

Todavía guardaba en el cerebro el modo en que fruncía la nariz (sustituto exánime del llanto a punto de estallar, pero ¡los hombres no lloran, Tolka! ¡Recuérdalo!) cuando se encontraba en el extremo de la calle y agitaba la mano hacia la Moscovitz repleta de maletas, con un guante de lana huérfano balanceándose sobre su brazo y fuertemente atado a la manga del abrigo. Tal le había mirado a través de la helada ventanilla posterior y, utilizando el brazo a modo de limpiaparabrisas, había dibujado un amplio arco, abriendo un tragaluz en forma de medio círculo sobre la capa lechosa y opaca. Entonces, en aquel momento húmedo y frío, había concentrado todas sus fuerzas con

un único objetivo: recordar. Grabar en su cerebro aquella postal invernal cargada de despedidas. Como si hubiera deslizado un casete de vídeo virgen en la caja de los recuerdos y pulsado la tecla «Grabar» sin soltarla hasta aquel mismo día. Hacía ya tiempo que la cinta magnética había llegado al final, pero la tecla de grabación seguía pulsada y las ruedecillas continuaban girando en el vacío.

A modo de introducción, Tal había grabado la calle Zelinski, toda ella tapizada con alfombras de hojas muertas susurrantes de color rojo intenso, como una escena muda de Truffaut. (¿Quién era en realidad Zelinski? Tendría que preguntárselo a mamá, pero en un susurro, en la cocina, para que papá no se ofendiera por no habérselo preguntado a él. Y después, el mismo ardid con papá, para que ella no lo oyera y a su vez se ofendiera, porque si se trataba de ponerla a prueba, ¿por qué se lo ha preguntado primero a ella en lugar de correr a interrogar al «profesor»?).

Después había grabado la despedida de la imagen de Tolik, porque de Tolik en persona, en carne y hueso, que entonces era un enjuto chaval de diez años, ya se había despedido con un apretón de manos de falsa virilidad y con un abrazo a aquel pequeño hijo de puta que entonces no había llegado a tiempo, y al que él sigue esperando. Es por esto que había fotografiado principalmente al niño-mancha que se iba difuminando al final de la calle, sobre el fondo del edificio gris. Ese mismo edificio alargado y de cemento donde ambos habían vivido desde el día en que los habían traído A CASA, envueltos como un «paquete en tránsito», desde el hospital maternal Flores de Octubre.

Cuando Tolik ya era sólo una gota deslizándose por el cristal de la ventanilla, por algún motivo hacia arriba, Tal se había vuelto hacia delante y había seguido despidiéndose de él y grabando. Había grabado todo el recorrido hacia la estación Tsentrálnaia, de donde salía el tren hacia ALLÍ. En realidad, no exactamente hacia allí, porque para ir allí no había ni tren ni avión, sino en dirección a Ucrania, al paso fronterizo cuyo nombre parecía sacado de una película de dibujos animados: Trans-Punkt Chop (por el nombre de la contigua aldea microscópica).

Mega-Jumbo

Tal se acurrucó en su asiento y pegó la nariz al cristal de la ventanilla. Intentó concentrarse en aquel clip conmemorativo que le daba vueltas en la cabeza, pero la fuerte agitación que le envolvía sólo iba en aumento. Aquella agitación que siempre aparece unos minutos después de despegar no importa hacia dónde... París, Ankara, Nueva Delhi, siempre es la misma escena. También ahora, de camino a Dniestrograd. Todos los pasajeros son como actores de teatro de distintas compañías que, al comienzo de cada vuelo, interpretan, como en un escenario invariable, un cuadro vivo. Durante los primeros minutos del despegue están acurrucados en sus asientos, sobrecogidos de terror por el hecho de la separación de la madre-tierra. Pero desde el instante en el que el cuerpo del avión alcanza la altura deseada y se acuesta en ella extendiendo los

miembros y durmiéndose en un lecho de lana algodono-
sa, todos se despiertan. Y cuando todavía no se han apa-
gado las lucecitas de «Abróchense los cinturones», parece
como si desde un puesto de mando invisible ya se hubiera
dado la orden de «¡Adelante! ¡Al ataque!», y entonces em-
pieza una ofensiva masiva sobre dos objetivos fortificados:
las azafatas y los lavabos.

Renunció a la película en blanco y negro que pasaba
por su cabeza para dedicarse al *reality show* que se agitaba
a su alrededor: a la pareja rusa que ocupaba los dos asien-
tos contiguos al suyo, a la distribución de auriculares-man-
tas-almohadas, a los formularios de entrada y, principal-
mente, a los sonidos rusos que inundaban el habitáculo.
A ESE ruso, ese ruso israelí que simplemente menospre-
ciaba, tanto que había desarrollado una alergia hacia su
carácter oriental: lo llamaba «rusiático». ¿Cómo sonaría
SU ruso después de tantos años de «humushushi»? Seguro
que se habría hebraizado por completo, contaminado con
los *Wallah*, los *Yallah*, los «*Nu*, ¿cómo se dice?» y los «como
si» que soltamos como una elección, por defecto, cada vez
que nos falta una palabra. Y, sin embargo, fruncía la nariz
cuando escuchaba a los rusos indígenas, él, un camello
levantino que no veía su propia joroba. Sería interesante
saber cómo sería en ruso eso de «camello-joroba». Segu-
ramente algo así como un oso que no huele la piel de su
trasero después de la hibernación. Porque en ruso siem-
pre se trata de algo que tiene que ver con invierno, pelaje
y oso. Tendría que preguntárselo a Natasha. Todavía es
una recién llegada. El acento de San Petersburgo aún no

se le ha borrado. Con la «o» que bala como una oveja y la
«r» que suena como una sierra eléctrica en un bosque de
pinos antes de Navidad.

Casi todos los pasajeros eran rusos. Él, cándidamente,
había creído que, comprando el billete en El-Al, se salva-
ría del dudoso placer de verse acorralado durante cuatro
horas y a una altura de más de tres mil quinientos me-
tros entre una tribu de *baba-liubas*. Había renunciado a los
pasajes a mitad de precio —cubiertos íntegramente por
quienes le mandaban allá— con Aeroflot, la prestigiosa y
ajada compañía, y había pagado la diferencia de su bolsi-
llo. Evidentemente había cometido un grave error: si de
pronto la sobrecarga anunciaba por el micrófono «Irina,
¡llave de la caja central!» o «Boris, ¡envío a la caja cinco!», la
mitad del avión se pondría inmediatamente de pie. Refle-
jo pavloviano en versión de supermercados Mega-Jumbo.

De hecho, todos se sentían ya ALLÍ. Incluso la azafata
morena con su trenza estilo Yardená, como salida del gru-
po musical Chocolate-Menta-Chicle, se estremecía en un
ruso de inmigrante de antaño ante un viejo corpulento e
irascible que insistía en pedir un vaso de vodka Stolichnaya
ya desde el inicio del vuelo.

«¿Qué significa *net*?», dijo irritado el viejo con un furor
revolucionario y cegándola con su molar superior izquier-
do. «¿Se puede saber para qué he pagado cuatrocientos dó-
lares? ¿Sólo para que en el culo del avión esté escrito El-Al?
¡Lástima haber dejado mi botella de Absolut en el *duty-
free*!», siguió gruñendo. «¡La próxima vez la subiré conmigo
al avión!». (A saber, pensó Tal, si en un vuelo de Aeroflot

le habría gritado de esta manera a una rusa boba con el pelo de color rubio ario y alisado, y con una mirada asesina). Al final, el viejo tuvo que contentarse con un «zumo de uva negra de Mizrahi-de-Mizrahi al que por error llaman Cabernet Sauvignon» porque es lo que tienen en *business class*, mientras la asustada Yardena intentaba abrirse paso hacia la parte delantera del avión entre los «¿Quiere ver nuestras ofertas especiales?» y los «¿Lleva algún arma?».

Era sorprendente que abajo, en la terminal, ninguno de ellos hubiera dicho una sola palabra en ruso. Ni en el control de seguridad (con la estúpida pregunta de «¿Cuánto tiempo hace que vive en Israel?»). Es bien sabido que los Sasha y los Misha que pasan la frontera de nuestro pequeñísimo país sólo son oligarcas a la fuga que acaban de cerrar un negocio de blanqueo de capital de una amplitud a lo Gaydamak y que ahora ponen a salvo su dinero de las autoridades fiscales), ni en el mostrador de *check-in*, ni tampoco con los empujones en el *duty-free*. Incluso en el autobús bicéfalo que les había llevado hasta la escalerilla del avión habían mantenido la compostura e intercambiado breves réplicas en un apacible hebreo-ruso. Pero a partir del momento en el que hundieron las posaderas en sus comprimidos asientos, y cuando los altavoces anunciaron el vuelo El-Al 526 Tel Aviv-Dniestrograd, se soltaron las amarras del buen tono local y el salón aéreo volante se llenó con sus verdaderas voces. Desde su punto de vista, ya estaban ALLÍ, EN CASA.

La República Popular de Israel

Entonces, cuando Tolik estaba allá agitando la mano, con el guante balanceándose en su manga como un péndulo, sólo entonces, por primera vez, Tal se había dado de bruces con la sensación de que contemplaba la escena por última vez. Luego se amontonaron en la Moscovitz con las siete maletas y aquella «última vez» estuvo dando vueltas entre sus piernas —todavía en forma de pensamiento, no de sentimiento, y con algún que otro pequeño TAL VEZ en la punta de la cola—, frotándose con ellas, ronroneando de placer. Y de pronto se erizó, se hinchó y doblégó, dio un brinco, arañó su vientre desnudo y penetró en las capas invernales que le envolvían.

«Tal vez», le había dicho su madre unos días antes de la partida, «tal vez cuando ALLÍ estalle una revolución como nuestra Revolución, y la Unión Soviética y la REPÚBLICA POPULAR JUDÍA se conviertan en “Estados hermanos”, tal vez entonces...».

Y cuando su padre escuchó la «lógica» de ella, murmuró, medio en hebreo medio en yídish, algo como «Votos ardientes de una revolución que arderá en un enorme incendio y se consumirá rápidamente», y él, Tal, ni había dirigido la mirada a su madre ni había prestado atención a su súplica de «que esto no salga de casa», porque muy pronto los tres dejarían el hogar y todo lo que en él habían acumulado partiría con ellos, y entonces ya no tendrían ni hogar. Es por ello que sus súplicas «no tenían ninguna lógica», como decía su padre.

En lo concerniente a la Revolución y a la República Popular de Israel, sabía que todo era un «israbluff» (sería interesante saber con qué palabra habría definido eso entonces, en lugar de decir «israbluff») y que ella simplemente engatusaba a un niño de diez años para tratar de endulzarle la despedida.

«Qué revolución ni qué ocho cuartos», se dijo. «Te vas para siempre». (¿Cómo se dirá «ocho cuartos» en ruso?).

A pesar de todo, tal vez, tal vez... En las clases de Historia les machacaban diciéndoles que la Revolución mundial sólo era cuestión de tiempo y que la Unión Soviética se dedicaría a este fin con su formidable fuerza y en toda la superficie del planeta. La Revolución mundial había llegado a Cuba, e Israel estaba más cerca de NOSOTROS que Cuba. La distancia entre el héroe Fidel, sucesor del Che, y el Tío Sam, instigador de la Guerra Fría, apenas es la de un escupitajo. Y cuando caiga el Imperio de maldad del Tío Sam, se desmoronarán, como las fichas de un dominó, todos los regímenes capitalistas explotadores, y el comunismo se expandirá por toda la faz de la tierra. Sólo entonces, como escribió Vladímir Mayakovski, «¡El capital del proletariado esconde un diamante, y el planeta azul será rojo!». Incluso Vladímir Ilich Lenin dijo que «Por cuatro duros la burguesía vendería a la clase obrera la cuerda para que se colgara».

Entonces, a pesar de todo, tal vez todavía cabría la esperanza de que él y Tolik pudieran volver a verse alguna vez.

Después se acordó de la subida al tren. Cómo, por primera vez, había levantado una maleta y su padre no le había

gritado: «Deja, deja, te vas a herniar», como le solía gritar cuando iban a Odessa, al mar Negro, ni había añadido: «Tendrás mucho tiempo en la vida para llevar maletas. Mientras, tu madre y tú tenéis un burro gratis».

En aquellos momentos, cuando su padre le chillaba, Tal estaba de acuerdo en lo del burro, pero esta vez le había mirado en silencio y solamente le había espetado: «Con las dos manos, con las dos manos», como si cada vez lo dijera para una, y también: «Si pesa mucho puedes arrastrarla, no es preciso que la levantes, no se te romperá, la puñetera maleta...».

Recordaba aquella frase de su padre de la misma manera que había atesorado en su cerebro otras frases anodinas y rostros anónimos, y al cabo de los años, en el transcurso de una revista de transportes blindados de personal en la base militar de Yeruham, había instituido el principio del arrastre —«Todo lo que se puede levantar también se puede arrastrar»— hasta que su unidad fue arrestada por su culpa, por haber arrastrado unas ametralladoras MAG y otras del calibre 05 desde el arsenal hasta el búnker.

No hay vuelta atrás

Después recordó que Abrasha y Tolik les habían acompañado. Acompañado, pero SEPARADOS. Abrasha fumaba un cigarrillo tras otro, pero en esta ocasión no uno de sus «pies de cabra» apestosos, liados a mano en papel de periódico con migajas de tabaco y el polvo que de ellas se